

Ricardo Campo



Investigadores de campo y de salón

Una de las falacias más asentadas en el mundillo de los misterios de todo a cien con que nos deleitan los ocultistas y periodistas de lo insólito es la separación entre investigación de campo y de gabinete, también despectivamente llamada de salón, porque nada bueno puede salir de un salón en lo que a investigación se refiere, como el lector seguramente sabe.

En la sencilla y errónea representación mental que se suelen hacer los aficionados a cosas como las apariciones de fantasmas, los platillos volantes que se posan cada media hora en diferentes partes del mundo, las visiones del chupacabras y otros grandísimos enigmas de la ciencia contemporánea, la investigación auténtica es la que realizan unos tipos vestidos de coronel Tapioca para ciertos programas televisivos y para algunas revistas mensuales de desechos del sentido común. El investigador de campo es aquel que infaliblemente entrevista a pie de terreno al que divisó el platillo volante o el fantasma y recaba su valioso testimonio.

El de salón sería aquel que no entrevista personalmente a los testigos y que se limita a dar opiniones basadas en los datos obtenidos por los primeros. En este planteamiento falaz, los campestrés se creen una especie de aventureros y los caseros son presentados como unos aprovechados que se limitan a sentenciar desde un ordenador sin acercarse a las sacrosantas fuentes del misterio: los testigos. Todo ello se convierte, con frecuencia, en una patraña vendida al peso en la plaza pública para el enganchado a la droga del pensamiento mágico y a las posibilidades desbocadas.

Como sabe cualquier investigador, por ejemplo un arqueólogo o un botánico, no es posible separar ambas facetas de la investigación. A todo el mundo le gusta calzarse unas botas y ponerse un chaleco de camuflaje e irse al campo a buscar lo que toque; pero a muchos menos les apetece pasarse horas en el laboratorio mirando por el microscopio pequeños

fragmentos recolectados y consultando manuales en busca de identificación (y esto es solo el principio). Con lo que los medios de comunicación venden por misterios pasa lo mismo: son asuntos que atraen al interesado joven cuya imagen de lo que es un investigador consiste en, dado el caso, aquel carnaval chungo que fue *Planeta encantado*, que nos administraron cual supositorio innecesario por partida doble en la Televisión pública hace algunos años. Reciclar el repertorio pseudocientífico de Planete, de Jiménez del Oso y de sus revistillas y poner caras de 'me lo creo todo' fue el contenido y el continente que llegó a muchos televidentes, que a partir de entonces debieron pensar qué divertido, apasionante y guay es esto de la ciencia: pasearse por una selección de famosos yacimientos arqueológicos del mundo y soltar las paridas de la ultra-ortodoxia del misterio. Esa absurda dicotomía entre campo y salón se manifestó con más

fuerza fue en la moribunda ufología, convertida ahora en una especie de sanatorio psiquiátrico de Internet en el que cada fulano compite con el resto por soltar la estupidez más gorda, sin freno, sin filtros y sin vergüenza. Nuestros periodistas del más allá cósmico nos contaron durante décadas que cada fin de semana aterrizaba una nave extraterrestre en algún arcén de las carreteras españolas. Esta súper-trola venía acompañada de la necesaria investigación en el terreno, que consistía en una conversación con el testigo de la supuesta aparición y su publicación en los medios especializados, todo ello adornado con un poco de poesía basta y presunciones para que la mente del lector creyente chispeará de gusto. Los investigadores aparecían casi siempre en las fotos (el autobombo fue una de sus obsesiones) con un brazo estirado y señalando al pretendido lugar en el que había ocurrido la cosa. A nuestros periodistas alternativos no les interesó nunca la explicación de los fenómenos. Embrollando lo ocurrido pasaban por ser doctores Livingstone ante los que se lo creen todo, por muy absurdo que sea. La gran mayoría de esos cuentos de misterio tenían una explicación alcanzable, incluso aunque sus autores vivieran a miles de kilómetros.